

Luz y sombra del Premio Nobel

Mauricio Molina

Cada vez que se otorga el Premio Nobel de Literatura vienen a mi mente los nombres de Marcel Proust, James Joyce, Vladimir Nabokov y Jorge Luis Borges. La Academia Sueca fue indiferente ante esta cuarteta de ases por diversas razones: en el caso de Proust y Joyce una franca repulsión frente a un lenguaje polimorfo que abría de par en par las puertas hacia un nuevo lenguaje literario y la franca exploración del inconsciente (cabe preguntarse las razones por las que el mencionado Premio no fue otorgado, por ejemplo, a Sigmund Freud, ya fuera en medicina o literatura). La prosa ondulante e hipnótica de Proust y el *Ulises* de Joyce fungían como maquinarias de guerra frente a una visión estrecha de la literatura que no admitía oscuridades ni mucho menos alusiones abiertamente sexuales (Henry Miller habría sido el candidato natural al Nobel por más de una generación). El caso de Borges, lo sabemos, fue de índole política, cuando al escritor argentino se le ocurrió la tontería de elogiar a Pinochet ante la amenaza comunista. Es probable que Borges ni siquiera supiera de las atrocidades que ocurrían realmente en Chile y que sus simpatías por las dictaduras militares fueran un caso de crasa ignorancia. El caso de Nabokov probablemente funde el tema político y el sexual: *Lolita* fue la gloria y la lápida del escritor ruso para conseguir el Nobel, y si nos atenemos a sus opiniones contundentes sabemos que el tema le importaba un comino y que, como buen ruso, despreciaba a los suecos continuando una herencia que proviene desde Pedro el Grande. He omitido los casos de Kafka y Pessoa porque buena parte de su obra sólo se difundió después de su muerte. Habría que mencionar también, en esta honrosa colección de despreciados por

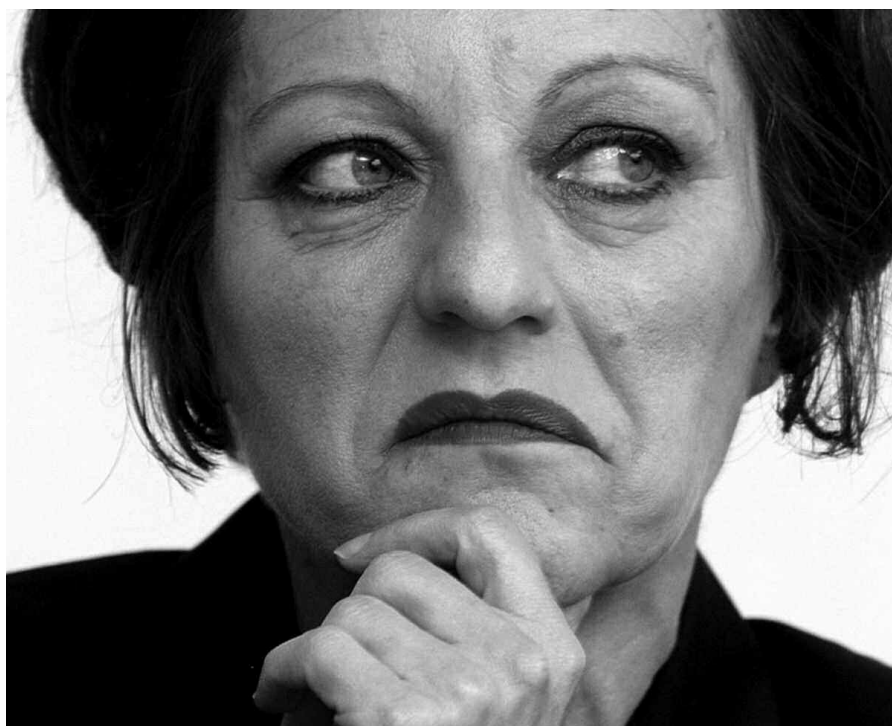
el Nobel, a Virginia Woolf, a quien, sospechamos, no le fue concedido el galardón por el hecho de que se trataba de una mujer.

Las veleidades y vicisitudes del Premio Nobel están marcadas por una constante transformación histórica. Todo premio es de suyo una lotería. ¿Por qué Pamuk y no Kadaré? ¿Por qué Darío Fo y no Philip Roth? ¿Por qué Le Clézio y no Tournier? El juego sería interminable y seguramente está marcado por las preferencias y gustos de quien esto escribe.

La concesión del Nobel de Literatura a Herta Müller tiene ese tufillo de corrección política que a menudo le viene muy bien a la Academia Sueca. La obra de la escritora rumano-germana no está en cuestión aquí. Escritora de buen aliento y de un compromiso marcado por la opresión del régimen de Ceausescu en Rumania, y además perteneciente a una minoría germanoparlante de Rumania, Herta Müller cumple con los requisitos imperantes del ambiente literario-editorial. Se trata de un premio indiscutible por razones que no se encuentran dentro de la literatura, sino fuera de ella. Carezco de las herramientas para discutir la obra de la Premio Nobel. Sólo he leído uno de sus libros, *Tierras bajas*, y me parece una obra que acude a la literatura de denuncia, de rememoración de las atrocidades del régimen comunista de Rumania. Resulta irónico que se le compare, en un comunicado de la Academia Sueca, a Juan Rulfo, otro autor honrosamente despreciado. A veinte años de la caída del muro de Berlín y del colapso del comunismo en Europa, el galardón concedido a la escritora alemana es antes que nada un recordatorio moral y ético que poco tiene que ver con la literatura. La lectura de la obra



Herta Müller



de Herta Müller se da, entonces, en un plano distinto al del literario: la clave de su obra se encuentra en los márgenes del arte y se ubica en el centro de lo político.

Un elemento un poco más siniestro se suma a las dudas en torno a la concesión del Nobel: la casa londinense Ladbrokes, la más grande compañía de apuestas del mundo, daba a la autora rumana, unos días antes de que le fuera concedido el Premio, 50 contra uno, y de ahí pasó a 7 contra uno para quedar, una hora antes de que se diera el nombramiento, en un virtual empate con el autor israelí Amos Oz. ¿Coincidencia? Lo mismo sucedió el año pasado con Le Clézio, quien vertiginosamente se fue posicionando como virtual ganador conforme se acercaba el momento del veredicto. Las dudas han ido *in crescendo* al paso de los años.

Pienso con ironía que el galardón no le fue dado a Sebald o a Bernhard, acaso los máximos prosistas en lengua alemana de los últimos cuarenta años. El primero era virtualmente desconocido antes de su muerte más allá de un selecto grupo de lectores. Libros como *Los anillos de Saturno* o *Austerlitz* son oasis literarios que nos dan confianza en una literatura libre y “sin atributos”, para utilizar la acertada definición del escritor argentino Juan José Saer. Y es muy probable que Bernhard—autor de *Corrección* y *El malogrado* entre muchos otros—, a quien repelía el Premio Nobel, muy probablemente (quiero pensar) lo hubiese rechazado con dignidad y desprecio (como en el caso de Sartre).

Hoy Herta Müller es la flamante ganadora del Premio Nobel de Literatura. No dejo de pensar en los intereses editoriales que se ponen en juego frente a la concesión de un premio que ha arrojado poderosas sombras de duda con respecto a sus criterios y formas de selec-

ción. Enhorabuena porque se le haya otorgado el Premio a una mujer de una valentía a toda prueba, que tuvo que publicar sus libros sorteando la censura del régimen comunista de Rumania. Enhorabuena también porque se otorga a una escritora que escribe desde la zona de aquéllos a quienes se les ha negado el poder de la palabra. Habrá que ir conociendo su obra y recorrer su geografía.

Se ha acusado a la Academia Sueca de practicar, a últimas fechas, una suerte de eurocentrismo. Lejos estamos de las épocas en que el Premio le fue concedido a García Márquez, Saint-John Perse, Pablo Neruda, Wole Soyinka, Derek Walcott, Kenzaburo Oe, Octavio Paz, Gao Xingjian: un conjunto de autores cuya diversidad nos muestra el camino de la libertad creativa y, sobre todo, de la diferencia y de la evidencia de una gran literatura más allá de los estrechos márgenes europeos.

Salta a la vista la ausencia, salvo en el caso de Elias Canetti, de pensadores y críticos de la talla de Simone de Beauvoir, Roland Barthes, Jacques Derrida, Susan Sontag o Michel Foucault. El mapa de la literatura y de lo que entendemos como tal, debería de cambiar en la medida de que exista un cambio de episteme que en estos momentos privilegia la novela antes que la poesía y que desdeña el pensamiento crítico, la prosa ensayística y la filosofía.

Ya veremos si en el futuro la Academia Sueca es capaz de reinventarse y de modificar sus criterios bajo la pena de hundirse cada vez más en la sospecha, la dictadura de la industria editorial y la conversión de la literatura en materia de apuestas en nuestra era de capitalismo salvaje.